

PALABRAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. JOSÉ LUIS PINILLOS

Sr. Presidente:

En este acto de homenaje de la Academia a nuestro querido y llorado Gonzalo tiene que haber diferentes perspectivas, como es natural. Yo estoy todavía demasiado dolorido con la pérdida de Gonzalo como para hacer algo muy académico; no lo voy a hacer. Voy a hablar sencillamente de la amistad que nos ha unido, de algo muy subjetivo que me ha unido con él y con su mujer desde que fuimos condiscípulos hace muchos años, casi sesenta y además su mujer fue compañera de colegio de la mía, de Elvira Laffon, mi primera mujer. De manera que a Gonzalo me unen sentimientos profundos de estos que son irrevocables y que están por encima de todo lo que sucede después en la vida, aunque nos separen las circunstancias y esas cosas y así ha sido hasta el final.

Tengo en casa un papel que, como todos los papeles que me importan, lo he guardado tan bien que lo he perdido y no se donde está, que fue la nota que me dejó Gonzalo la última vez que le vi, el día que hablé en la academia, sobre la subjetividad moderna y, en contra de todo lo que solía hacer, porque se metía mucho conmigo y hacía muy bien, además tenía pleno derecho y deber de hacerlo, me dejó un papel que decía «Querido José Luis me tengo que ir pero me ha gustado mucho lo que has dicho, ya hablaremos». No hemos podido hablar. Pero la

amistad profunda no termina con la muerte del amigo. Cuando uno de ellos vive, sigue viva esa amistad y probablemente incluso se acrecienta y se comprende mejor en muchos aspectos. Cuando nosotros nos conocimos éramos unos jóvenes llenos de entusiasmo (él más que yo porque le llevaba algunos años), de ilusiones y yo creo que a pesar de los embates que da la vida, él ha muerto sin perder esas ilusiones. Ciertamente, se ven las cosas de otra manera, pero yo siempre tuve como persona de referencia en esta casa a Gonzalo. Cuando empezaba hablar de algo que tenía que ver conmigo yo pensaba ¿que me irá a decir después de estos elogios? y efectivamente lo hacía, tenía pleno derecho como os decía antes y además el deber de hacerlo. Pero a parte de todo esto, cuando yo llegaba a la Academia un poco pronto y él estaba por allí, siempre teníamos tiempo para hacer un aparte en un rincón y hablar de nuestras cosas y de lo que nos parecía la situación actual, que pese a la diferencia de perspectivas políticas, él las tenía, las mías no sé porque yo estoy muy lejos de la política desde hace mucho tiempo, en él era una pasión, una pasión noble y en mí una indiferencia cada vez mayor, pero la verdad es que hablábamos de esas cosas y a pesar de que los puntos de vista en aspecto superficiales eran a veces contradictorios, en el fondo siempre estábamos de acuerdo en lo fundamental.

Yo me acordaba cuando hablaba con él, de lo que ocurrió a la generación de la batalla aérea de Londres donde los alumnos de Cambridge sobre todo y de Oxford también, habían hecho un juramento antibelicista y en ese sentido, no querían saber nada de la política, no querían saber nada de los prejuicios de Inglaterra. Cuando se dio la batalla de Inglaterra murieron casi todos ellos defendiendo Inglaterra. Bueno, yo creo que a mí me pasa también un poco lo mismo, pues a pesar de lo que se diga, cuando llega el momento las cosas que le importan a uno salen a la superficie y eso es lo que nos unía a Gonzalo y a mí.

Leyendo, porque he tenido que hacerlo, un libro muy completo, parecido al que ha hecho sobre la felicidad Gonzalo, uno que hizo Pedro Laín sobre la amistad, en el que va pasando también revisión de casi todo lo que se ha dicho sobre la amistad, leí un pasaje de la *Iliada* en la que Aquiles duerme y en sueño se le aparece Patroclo, que le dice: «eres mi amigo, me cuidaste mientras vivía». Pues eso tengo que decir yo también de Gonzalo que me cuida, a su manera, desde lejos pero siempre me cuida mientras vivía. Yo tengo la esperanza de que lo siga haciendo, ya no está aquí, pero vive de esa otra manera que es en el recuerdo de lo que hemos aprendido de él. En fin Gonzalo para mí ha sido una persona irremplazable, fuimos condiscípulos en la mejor manera de ser condiscípulos cuando empezábamos a estudiar, él era hombre que mandaba mucho, Gonzalo fue hombre que siempre mandó y lo hacía bastante bien además. Recuerdo su aparición en escena

cuando éramos estudiantes, en el año 43, en una clase sobre la filosofía griega, apareció Gonzalo envuelto en una capa castiza que le sentaba muy bien y nos dejó sin respiración a todos, sobre todo a las chicas que estaban allí y decían: ¿este hombre quién es? Pues bien, este hombre era Gonzalo Fernández de la Mora que venía de su clase de derecho, porque hacía derecho y filosofía, y las dos cosas las hizo muy bien, Gonzalo era enormemente capaz, y siempre fue un hombre brillante, enormemente brillante al que no le iban las posiciones tibias. Gonzalo era un hombre que despertaba grandes amistades como la que despertó en mí y grandes enemistades también como las tuvo. Él paso por la vida manteniendo una cosa que siempre he admirado: la honestidad. Pero no sólo la honestidad económica que por supuesto la mantuvo, el fue Ministro de Obra Públicas en la época de Franco. El me decía mira José Luis tú sabes como vivo, vivimos modestamente. Cuando yo fui Ministro de obras públicas lo primero que me ofrecieron fue un porcentaje, que no acepté. Yo jamás he tenido complicidad económica de ningún tipo. He procurado hacer lo que estaba en mi mano lo mejor que sabía, y eso ya sabes que se paga en la vida. Evidentemente Gonzalo navegó por la vida con viento de través. Llegó a donde quería y murió, en plena lucidez, en plenas facultades, siendo lo que en la vida había sido siempre para todos nosotros. Aquí evidentemente, como recordaba antes el Presidente, intervenía mucho, intervenía bien, a veces no oportunamente, pero intervenía siempre con un fondo de razón y esa razón en él era algo más que pura lógica, por encima de la lógica expresaba sentimientos que la lógica a veces no capta, sentimientos vitales muy profundos que le hacían defender lo justo, el fondo de humanidad que es lo que en definitiva salva a los hombres del olvido de los que le han conocido y de los que no lo han conocido, porque el tiempo tiene un brazo muy largo, que acaba sacando a la superficie las cosas. Os decía que la amistad no muere con la muerte del amigo y os aseguro que en mi caso es así. El recuerdo de Gonzalo, de su ejemplo, de su fidelidad me acompañará mientras viva.

Muchas gracias.

